



PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion y Redaccion, dirigirse al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis-	15 reales.
tracion.	28 »
Por seis id.	50 »
Un año id.	30 »
ESTRANJERO, tres meses.	6 pesos.
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

Carta del Gas de Madrid al Gas de Barcelona.

Mi querido primo: Te lo he dicho mil veces, y te lo repito hoy,—si quieres hacer fortuna ven á la corte. Aquí me tienes á mí campando por mi respeto.

No hay quien me tosa.

Al primero que se desmande lo dejo á oscuras.

La otra noche estuve convidado á una fiesta, y como no se puede repicar y andar en la procesion, *velai* que no pude alumbrar á Madrid sino por medio de un aprendiz que dejé encargado, y lo hizo tan mal, que todo se vuelven hoy quejas contra mí.

¿Y qué?

Poquito que me rio yo.

Que griten, que alboroten el barrio los descontentos, ya verás tú como el día 30 les cobro el servicio por entero, y al que se ladee lo parto.

Figúrate que soy solo, que nadie puede disputarme los parroquianos, y que este porvenir oscuro me está reservado por muchos y felices años.

En Barcelona, donde vegetas, todo el mundo trabaja más de lo regular, y tú, querido primo, tienes que inclinar tu frente y bañarla con el sudor de tu caldera como cada hijo de vecino.

Para tí no hay días de jolgorio ni descanso, y bien se conoce en todo que no tienes nada de este aire de buen tono que distingue á los cortesanos.

Eres un mameluco, y perdona la franqueza, hija de nuestro antiguo parentesco.

Yo, por el contrario, gano en una noche más que tú en una semana, y no por ello me creo obligado á trabajar como un negro.

AVENTURAS DE DOS RECIEN CASADOS. (1)

(Continuacion.)

II.

En busca de un revolver.

Joaquin no hacia más que dirigir la vista hacia los coches.

Elisa, que sentia frio, le aconsejaba entrar en un ómnibus.

Por fin descubrió Joaquin un coche de alquiler, y se metió en él con su esposa.

—¿A dónde, mi amo? le preguntó el cochero.

—A casa de un armero.

—¿De un armero, á estas horas?

—Necesito comprar ahora mismo un revolver.

—¿A qué viene eso, Joaquin? preguntó Elisa.

—Te lo diré más tarde.

El coche paró delante de la tienda de un armero.

El cochero llamó en balde; nadie respondia.

—Vamos á otra, gritó Joaquin.

Volvió á subirse el cochero al pescante y despues de cruzar varias calles solitarias, llamó á la puerta de otro armero.

Nada.

Por último, y despues de alborotar la vecindad á fuerza de golpes, asomó un hombre la cabeza por el postigillo.

—¿Quién llama? preguntó con voz de pocos amigos.

Entonces asomó tambien Joaquin la cabeza por la ventanilla del coche, y las dos cabezas asomadas á sus respectivos postigos, empezaron el siguiente diálogo:

Sin ir mas lejos, hace pocas noches, como te he referido mas arriba, que hice *mutis*, dejando á un cuarto de luz la capital... ¡Vaya un *tiberio* que se armó!

El servicio de las calles recordaba aquellos tísicos reverberos del siglo pasado.

En las tiendas todo se volvía hacer comentarios, y algunos se permitian imprecaciones que hubieran asustado á otro gas menos aristocrático y acostumbrado á estas escenas. Me han referido algunas del tenor siguiente:

—¿Pero qué tiene esta noche el gas que no alumbra?

—Abre mas la llave, muchacho.

—¿Señor, si está todo abierto!

—¿Estará sucio el conducto?

—Lo limpiaron ayer.

—A ver: asómate á la calle y dime cómo alumbran los faroles.

—Señor, los faroles alumbran como nuestra lámpara.

—Vamos, entonces el eclipse es total. Voy á enterarme por el vecino de la izquierda.—Buenas noches, vecino, ¿cómo anda por aquí el gas?

—No anda, ya ve Vd. qué luz tan raquítica.

—Estamos lucidos.

—¿Lucidos? Eso es lo que falta.

—¿Y qué haremos?

—¡Hombre, cuando las cosas no tienen remedio...

—Yo me voy á quejar á *La Correspondencia*, y al ayuntamiento, y á los ministros...

—Quéjese Vd. aunque sea al Espíritu-Santo. El gas es malo, pero en cambio es caro; y continuará siendo caro, pero malo. ¿Quiere Vd. más, vecino?

—¿Y lo toma Vd. con esa calma?

—Venga Vd. acá. Malo ó bueno, tenemos que tomarlo á la fuerza; como que no hay otro ni lo habrá hasta el siglo que viene, porque la empresa tiene ese privilegio.

Este diálogo se repitió, con corta diferencia, en todas las casas de Madrid.

—Para servir á Vd., maestro.

—Por muchos años, discípulo.

—Diga Vd., ¿tiene Vd. revolvers?

—Hombre... á estas horas...

Y el maestro armero miró á Joaquin con estraneza.

—Es que, continuó Joaquin, acabo de llegar de Madrid, y antes de descansar necesito un revolver.

Esta proposicion infundió sospechas en el armero.

Un joven elegante, que llega de Madrid, y á pesar de la hora y el frio, no piensa mas que en comprar un revolver, confesemos que era cosa para alarmar á un armero.

La primera idea que le ocurrió al armero fué la de que aquel joven intentaba suicidarse.

Despues creyó que era un revolucionario.

De todos modos, pensó que el mejor medio seria avisar á la policia, y para ello convenia no infundir sospechas al sospechoso.

—Con que vamos, maestro, ¿tiene Vd. lo que pido?

—Sí señor.

Se bajó Joaquin, compró un revolver y volvió á su coche.

—Cochero, gritó, llévenos Vd. á la mejor fonda de Valladolid.

En cuanto el coche emprendió su marcha, el maestro armero se embozó en su capa hasta las cejas, y fué cautelosamente á despertar al inspector de policia.

III.

¡Llegó la hora!

El coche paró á las puertas de la fonda de...

Entraron los recién casados, diciendo al camarero:

—A ver, nos va Vd. á dar el cuarto más elegante, más retirado, más tranquilo y más espacioso de la casa.

—¿Lo quieren Vds. con dos camas?

—Con una, somos marido y mujer.

Elisa se ruborizó; pero estaba tan rendida y la pedía

En un café se acordó pedir al ayuntamiento el sistema de advertencias, que en Francia rige para los periódicos, aplicado á mi individuo: es decir, que á la tercera advertencia quedase suprimida la empresa que me sostiene. Confieso que esta noticia me alarmó al principio.

¿Qué te parece de la vida que me doy? ¿No es verdad que envidias mi posicion?

¡Ah, pues si la vieras, más envidiarías mi caja! ¡Repleta, querido primo, repleta! Esto es una bendicion de Dios. Te repito que Madrid es un paraíso.

Y no te digo más por no amargar tus dias. Consérvate claro, ya que te empeñas en ello, y manda al que sabe hacerse rico dominando sin rival,—y á oscuras.

EL GAS DE MADRID.

Por no saber firmar:

Luis Rivera.

LAS SEIS COMIDAS.

CAPITULO PRIMERO.

Eduardo, cajista.

Eduardo entra en su casa, donde le espera su pobre madre temblando de frio. Son las doce de la mañana.

—Hola, hijo mio, ¡qué puntual! ¿traerás apetito, verdad?

—Mucho, madre. Hemos trabajado de veras. Esta vida de cajista me carga; yo quisiera ser algo más que eso.

—¡Ambicioso, que ofendes á Dios!

—Vamos, madre, ¿está la comida?

—Sí, hombre, sí. Ya puedes sentarte á la mesa.

—¡Ajá! ¿Qué me ha puesto Vd. hoy?

—Mira, las ricas patatas cocidas.

—¿Y luego?

el cuerpo descanso con tanta fuerza, que no se atrevió á chistar.

—Suban Vds., dijo el camarero, y volviéndose al cochero añadió:

—Mira tú, mameluco, sube el equipaje al 21.

—Sino traen equipaje, respondió el cochero.

—¡Ah! Sí, ya se me olvidaba, interrumpió Joaquin; cochero, suba Vd. el revolver que he dejado en el coche.

—Valiente equipaje trae esta pareja, murmuró por lo bajo el camarero.

Por fin, los dos esposos quedaron instalados en su nueva habitacion.

—¿Se les ofrece á Vds. algo más? preguntó el camarero despidiéndose al salir.

—Nada por ahora.

—¿Y tomarán Vds. algo?

—Más tarde. ¡Ah! Recomiendo á Vd. mucho silencio, muchísimo, y que nadie nos interrumpa.

—Está bien.

Quedaron solos Elisa y Joaquin.

—¿Querrás explicarme, por fin, qué significa ese revolver? preguntó Elisa algo asustada.

—Escucha, amor mio; yo no tengo en este mundo otra mision que la de cumplir con los sagrados deberes del matrimonio. Dios primero, y los hombres despues, me autorizan á ello... ¿No es verdad? Yo no soy hombre que me asusto por cualquier cosa, pero en vista de los obstáculos que se oponen al fin para que nos hemos casado, he resuelto armarme convenientemente y defender mi derecho.

—¿Jesus, me alarmas!

—Cálmate, paloma sin hiel, nada temas; este revolver impondrá respeto á los moscones, y... nada mas.

—¿Está cargado?

—No; pero se puede cargar cuando llegue el caso.

—Eso me tranquiliza.

—Aquí lo dejo á la cabecera de la cama.

Al oír esto volvió á ruborizarse Elisa.

(1) Véanse los números desde el 10 en adelante.

—¿Luego? Las ricas patatas fritas.
 —¿Y nada más?
 —Su poquito de bacalao, y su botellita de vino. Hijo mio, no hay para más, con que...
 —¿Qué! Si cuando digo que es preciso hacer algo para mejorar de suerte... hasta que yo no tenga la mesa bien provista... no seré feliz.
 —Pero, tonto, si tienes un apetito atroz, ¿qué más te dá?
 —¡Pues por eso mismo!

CAPITULO SEGUNDO.

Eduardo, redactor-tijera.

—Señores, he concluido por hoy, y me voy á comer.
 —¡Abur! dicen los compañeros de Eduardo.
 Y entra este en su casa, donde ya tiene la mesa puesta.
 —¿Qué hay que comer, madre?
 —Sopa de arroz, hijo mio, cocidito con la rica verdura y tres ligos de postre.
 —¿Se acuerda Vd. de hace dos años, cuando comíamos aquellas patatas insociables?
 —¿Cómo insociables?
 —¡Como que siempre estaban solas!
 —¡Ya, ya, es verdad!
 —Algo hemos ganado en dos años.
 —Sí, pero me parece que no traes mucho apetito.
 —He trabajado mucho y me duele mi pobre estómago; pero no importa, venga el arroz; comamos, madre!

CAPITULO TERCERO

Eduardo, gacettillero.

—¡Eh mozo! (¡Por vida de las fondas baratas!) ¡Mozo!
 —¡Señorito!
 —¡Un cubierto de ocho reales, volando!
 Eduardo comienza á comer y á hablar solo.
 «Pues señor, la cosa se va arreglando bien; hace diez años era cajista, hoy gano ocho mil reales, y ya puedo permitirme el esceso de comer un día en la fonda. ¡Ejem! Este vino sabe mal... pues digo, y las croquetas... estas croquetas saben á corcho...—A ver, si dentro de poco me dan ese dinero que me han ofrecido, fundo mi periódico, y realizo mis sueños dorados...»
 —¡Mozo! cobre Vd.
 —¡Gracias!
 Eduardo marchándose:
 —¡Tengo ganas de comer de á dos duros!
 El mozo sirviendo á otro parroquiano lo que ha dejado Eduardo:
 —¡Aquel señorito no ha comido casi!

—Esposa mia, Dios y los hombres nos autorizan... La soledad que hemos buscado desde que el cura nos bendijo, tiende su sombra protectora sobre este cuarto; ¡Elisa, yo te amo!... ¡Elisa mia... mi tesoro... mi vida... por este momento... daría...»
 —¡Joaquín...
 —Hazte cuenta que estamos solos en el mundo. Solos y en la primavera de la vida... Mira, el sol empieza á teñir los campos...
 —¡Que bonito es el sol!
 —¡Mas bonita eres tú!... Cerremos la ventana y descansenos.
 Joaquín cogió á Elisa de la mano, cuando sonó un golpe á la puerta.
 —¡Eh!... dijo Joaquín deteniéndose. ¿Quién puede ser á estas horas?

IV.

Otro obstáculo.

Sonó otro golpe.
 Joaquín echó mano al revolver.
 —¿Qué vas á hacer? preguntó su esposa temblando.
 —La ley me autoriza...
 Llamaron á la puerta con mas fuerza.
 —¿Quién es? preguntó Joaquín.
 —La justicia.
 —Pues la justicia se equivoca; yo no tengo nada que ver con ella; acabo de llegar de Madrid.
 —Pues á Vd. es á quien buscamos.
 No hubo mas remedio que abrir.
 Entró el inspector, que habia sido avisado por el armero, y lo primero que vió fué el revolver en manos de Joaquín.
 —Entrégueme Vd. esa arma, caballerito.
 —Señor, acabo de comprarla.
 —Lo sé.
 —Bueno, tómela Vd.

CAPITULO CUARTO.

Eduardo, director.

—Pasad, señores, vamos á la mesa.
 Varios amigos de Eduardo.—Amigo, en tu casa se come admirablemente.
 La madre de Eduardo.—¿Cómo engullen estos gorrones á costa de mi Eduardito!
 Eduardo.—¿Conque podremos realizar esa operacion comercial?
 Un amigo.—Sí, querido, si el papel sube, has hecho tu fortuna.
 Otro.—¿Darás un almuerzo?
 Eduardo.—¡Ya lo creo!
 La madre.—¿Pero, hijo, no comes del pavo?
 Eduardo.—(Reflexivo, dándole vueltas á un cuchillo.) No, no... no me gusta... veinte mil... treinta mil... cincuenta...

CAPITULO SESTO.

Eduardo, millonario.

—Vamos, Eduardito, hijo mio, come de esto; mira, te he puesto ostras, rosbif, lenguado, pasteles.—¿No almuerzas?
 Eduardo.—¡Ah! De qué me han servido veinte años de trabajo, de actividad, de desesperacion, de decepciones...
 —Pero, ¿qué te pasa?
 —¡Haber consumido la vida para esto!
 —Pero, ¿qué sucede?
 —Haberme hecho enemigos, haber logrado que se me endurezca el corazon, contraer obligaciones con la sociedad en que vivo... y todo ¿para qué?
 —Hijo mio... ¿qué tienes? ¡Habla!
 Eduardo (arrojando la servilleta y marchándose sin oír á su madre).—¡Qué he de tener! ¡Qué he de tener! ¡Que el estómago se me ha estropeado! ¡Que no tengo gana!

Eusebio Blasco.

EL MOTIN DE LAS ESTRELLAS,

Ó LOS BUFOS POR DENTRO.

Esas sílfides que ves,
 tan gallardas y risueñas,
 son las *Bufas Madrileñas*
 traducidas del francés.
 Si quieres besar sus piés,
 te puedo, lector, llevar,
 mas no debes ignorar
 si los cumplidos te irritan,

—Ahora, sígame Vd.
 ¡Horror! Joaquín volvió á caer desde el quinto cielo de su ilusion amorosa á la más triste realidad.
 —¿A dónde quiere Vd. llevarme? Yo soy un ciudadano que con arreglo á lo que manda nuestra santa madre la Iglesia me casé ayer con esta señorita.
 —Venga la cédula.
 —No la tengo.
 —¡Hola! ¿Y quiere Vd. que me fie de su palabra, cuando su primera ocupacion al llegar á Valladolid ha sido comprar un revolver?
 —Es verdad, un revolver para defenderme de los importunos que persiguen á mi mujer...
 —Presénteme Vd. algun fiador.
 —Espérese Vd., que voy por él á Madrid.
 —No, aquí.
 —Si no conozco á nadie... De seguro no encuentro quien me fie... ni un panecillo.
 —Pues detenido hasta que me presente persona que responda. Es todo lo más que puedo hacer por Vd. Con que, caballero, tenga Vd. la bondad de venirse conmigo.
 —¿Y mi mujer?
 —Puede quedarse aquí hasta que Vd. vuelva...
 —Yo no me quedo sola...
 —Si Vd. quiere, véngase con nosotros.
 —¡Ah! exclamó Joaquín dándose una fuerte palmada en la frente. Dígame Vd., señor inspector, puesto que lo que hace falta es una persona que me fie, ¿no le parece á Vd. un medio excelente preguntar por el telégrafo al cura que nos casó?
 —No hay dificultad, y si el cura responde...
 —Responderá.
 —En ese caso, dijo el inspector, puede quedarse aquí esta señora mientras nosotros vamos al telégrafo; y si la contestacion es favorable, como espero, dentro de media hora estará Vd. de vuelta.
 —Me parece bien. Esposa mia, hasta luego; mira, acuéstate y descansa.
 —¡No podré dormir! interrumpió Elisa llorando.

que en el templo donde habitan
 no se permite fumar.

De estrellas que se amotinan
 hacen papel en el suelo,
 pero se suben al cielo
 cuantas veces desafinan.
 Momentos hay en que trinan
 y es justo se satisfagan,
 que ya que al público halagan
 bien es que su queja eleven,
 por los triunfos que les deben,
 y los sueldos que les pagan.

Cantando á más y mejor
 pasan la noche y el día,
 aunque á veces, por manía,
 cantan á más y peor.
 Girando en su rededor
 ven á cientos los galanes,
 pero á sus dulces afanes
 hay quien responde serena:
 —Amigo, la Magdalena
 no está para tafetanes.

¿Qué confuso griterío
 en los pasillos se escucha?
 Parece rumor de lucha
 ó bien desborde de río.
 ¿Saldrá de allí desafío,
 comida ó satisfaccion?
 —No, que es en la direccion
 la contienda, y allí rige
 el que todo lo dirige...
 menos la conversacion.

—Por aquí viene una estrella
 con tres pollos á la cola,
 á fé que si fuera sola
 nadie reparara en ella.
 No me mira; me atropella
 y hácia la escena se va,
 de fijo que se reirá
 si ve que me pongo grave...
 no quiero hablarla... ¡Dios sabe
 lo que me contestará!

—¿Quién á guisa de oracion
 recita con voz cascada
 unos versos? ¡Calle! Estrada,
 el director del *Piston*.
 Portento de inspiracion
 el auditorio le nombra,
 y tanto el mérito asombra
 de este vate extraordinario,
 que hay escritor rutinario
 que se revuelca en la alfombra.

—Allí viene aquel que brilla
 como si fuese un perol.
 —Será Escriu, que hace el Sol,
 y lo viste á maravilla.
 —¿Y eso que llaman *cuadrilla*,
 qué viene á ser?—Un *cancan*.

—¡Otra idea! Mientras yo vuelvo, puedes salir á comprar la ropa que nos hace falta; una capa, pañuelos de los narices, abrigos, etc., etc. Toma dinero, y que te acompañe una criada de la fonda.

Salió Joaquín con el inspector.
 Pocos minutos despues, el cura de la parroquia de San Lorenzo recibia un parte telegráfico concebido en estos términos:

Valladolid

Casó ayer Joaquín Marchamalo conducta responde cura Ojo.

Como era natural, el cura que habia presenciado la desesperacion de doña Ramona por la fuga de su hija, corrió á su casa para darle un consuelo.

—Alégrese Vd., señora, le dijo, ya parecieron sus hijos.

—Mis hijos... ¿dónde están?
 —En Valladolid.

Despues de esta explicacion, doña Ramona llamó al Sr. de Gatuperio, y le dijo:

—Ya pareció aquello. Venga Vd. conmigo, acompañeme Vd., Sr. de Gatuperio. Voy á sacarle los ojos al tunante de mi yerno. Yo le diré si se juega conmigo.

Y volviéndose al señor cura, añadió:
 —Suplico á Vd., padre cura, que retrase la contestacion á ese parte telegráfico todo lo que pueda, á fin de que yo tenga tiempo de llegar á Valladolid y alcanzarlos, no haga el demonio que se me escapen.

—Lo haré así, señora, pero aconsejo á Vd. la mayor prudencia. Nada de escándalos. Moderacion, mucha moderacion.

—A moderada no me gana nadie, pierda Vd. cuidado. Salió el cura.

Y doña Ramona, en compañía del Sr. de Gatuperio, partió para Valladolid en el tren de la tarde.

Luis Rivera.

(Continuará.)

Ayuntamiento de Madrid

LOS BUFOS, LAS ESTRELLAS Y LOS AFICIONADOS.



Los satélites, á la puerta del escenario, esperan la salida de las estrellas.



El desafio de Marte y Mercurio.



El rabo de una estrella.

Riñen la Osa mayor y la Osa menor.



En presencia del director.

Adorador de una estrella en el 2º periodo.



Una estrella sin brillo.



Adorador de una estrella en el 1º periodo.

Ala puerta de la direccion.



Los infalibles... entre bastidores.



La puerta del cuarto de Arderius.

El solo de la Osa mayor.

Adorador de una estrella en el 3º periodo.



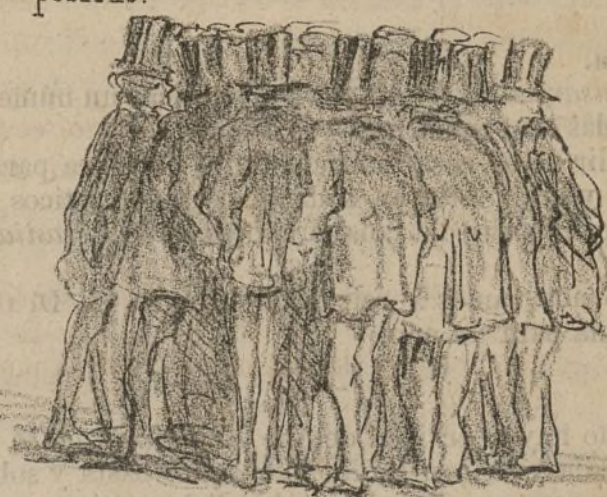
El sol (Escriu)



Ensueño de un abonado.



El maestro.



La estrella que mas promete.



Los aficionados á las estrellas.



Posicion critica.



Un coro de estrellas.

—¡Pero no lo bailarán en regla!—Y aunque así fuera, las que bailan *habanera* no se ruborizarán.

—¿Sabe Vd., amigo mio, que muy á gusto me encuentro?—Claro, está Vd. en el centro...—¿En qué centro?—El del vacío. Aquí cede el desvario, aquí yace la ilusión, la misma decoración que fuera encontró tan bella, mirela usted, ¿qué ve en ella?—¡Toma, pues si es un borron!

—Las estrellas son mujeres, las espadas, asadores, los jardines, cuatro flores prendidas con alfileres. Los duelos y los placeres son el blanco y el carmin, todo es mentira, y en fin, esto, con triunfos y quiebras es un nido de culebras, formado en un calcetín.

—¿Mas no vive aquí la risa?—Tal de la escena es la ley; actor, yo puedo ser rey, hombre, no tengo camisa. —¿Sí? pues abandono aprisa del teatro el interior...—Hace usted muy bien, señor, y por si su furia aplaca tome usted esa butaca... ¡yo soy un revendedor!

M. del Palacio.

MURMULLOS.

Digan lo que quieran los timoratos, lo cierto es que el rigodon *acancanado* con que termina el *Motin de las Estrellas*, hace furor.

Una de estas noches me tocó estar al lado de un buen señor, que á pesar de sus años se alegraba de ver á las estrellas en paños menores, y aplaudía los pasos de *empeño* con que amenizan el baile las actrices.

Arrepentido, sin duda, dijo al bajarse el telon: —Esto es picante, y no sé cómo la censura lo ha permitido.

Mi compañero de butaca me ha inspirado una idea luminosa que someto á la aprobacion del público.

ARTÍCULO ÚNICO. Se crea el destino de censor de bailes, sin más haber que los gajes del oficio. En lo sucesivo, antes de ponerse en escena un baile, se presentarán los coreógrafos al censor, y bailarán privadamente en su presencia como han de hacerlo en el teatro. En caso de no resultar avenencia entre los bailarines y el censor, podrán aquellos apelar, y se nombrará al efecto un jurado de cinco personas experimentadas en eso de dar saltos.

NOTA. Si esta idea cuaja, propongo que se nombre censor de bailes, en comision, á Manolo Santana.

¿Lo aceptará? No están los tiempos para desperdiciar gangas.

Noticia.

El Pensamiento Español va á publicar un número satírico todas las semanas.

Sin salir de su casa tendrá asuntos de sobra para caricaturas, y no le faltarán redactores humorísticos si los sabe escoger entre los colaboradores de la *Letania Larretana*.

¿Cómo nos vamos á reir! Con la cara de D. Gabino hay broma para un año.

Pero no hay necesidad de que *El Pensamiento* se las eche de calavera; con *La Regeneracion* basta y sobra.

Uno de sus correligionarios ha dicho últimamente en las columnas de este diario que «se debe formar una gran »parada de todos los fieles católicos amigos del orden religioso, civil y moral.»

«Y como para todas las cosas, añade, se necesita »la iniciativa, parece lo más conforme, el que todo »aquel que tenga voluntad de presentarse como buen »católico, como buen español, como leal ciudadano á la »defensa de la religion cristiana, del trono de S. M. la »reina legítima doña Isabel II, y del orden social, lo »haga públicamente en su propia localidad, ofreciendo »los sacrificios personales y pecuniarios que fueren »necesarios, llevando un público distintivo que así lo demuestre.»

Acabo de leer en *La Independencia Belga*:

«Un eclesiástico ha dirigido al ministro de la Guerra una comunicacion anunciando una maquina de guerra, con la cual bastará medio día para destruir un ejército de cuatrocientos mil hombres.

«El inventor pide un millon por su secreto.»

Aquí tienen Vds. convertido el ramo de oliva en un fusil de aguja, Esto va de veras.

Dos pobres ciegas están sentadas en la puerta de una iglesia.

Cuando no pasan almas caritativas hablan de sus negocios.

—Pues sí, dice una de ellas; la Juana es una trapalona, y en cuanto la encuentre voy á sacarle los ojos.

En esto paso yo, y cambiando de tono añade:

—¡Una limosnita por el amor de Dios, hermanito... ¿Quién me manda rezar un padre nuestro por el alivio y descanso de las benditas ánimas?... (Pausa.)—Pues sí, voy á sacarle los ojos.

Existe en Madrid un caballero particular, hombre de bien si los hay, que tiene una hija de quince abríles.

Se ha propuesto conservar su inocencia, y al mismo tiempo quiere que se distraiga con la lectura.

Para lograr este doble fin ha inventado un medio muy ingenioso.

Antes de que llegue á manos de su vástago una novela, por ejemplo, la lee y borra con tinta lo que le parece peligroso.

Últimamente cayó en su poder una novelita, y en el primer capítulo se describían los amores de dos jóvenes. «Carlos, decía la novela, fijó sus ojos en Matilde...» Seguía algo grave, que él borró, hasta que el sacerdote bendijo la union de los amantes. Gracias á su prevision pudo leer la jóven: «Carlos fijó sus ojos en Matilde... un inocente niño fué el fruto de su bendito amor.»

—¿Qué te parece el héroe de la novela? le pregunta su papá.

—¡Que tiene muy buena vista! contesta la jóven.

Apenas ha publicado Guijarro la *Perdicion de la mujer*, salen los Maninis con el D. Juan Tenorio.

Hay quien supone que los Maninis han elegido esta obra porque históricamente D. Juan Tenorio es la *Perdicion de la mujer*.

No se puede negar que *El Espíritu Público* es un periódico oportuno.

Ahora está publicando unos *Apuntes para la historia del imperio de Méjico*.

Entre tanto, el emperador desembarca en Inglaterra despues de haber dicho: Ahí queda eso.

La historia que publica *El Espíritu* es una historia póstuma.

La Lealtad la emprende en uno de sus últimos números, pero así, de refilon, con el pobre P. Lacordaire, y todo porque era liberal.

Entre otras cosas dice de él: «Destruía con nueve dedos lo que hacía con uno.»

Aunque cualquier cosa á que este dedo no era el índice.

Blas Perez.

CABOS SUELTOS.

Ya no sigue el rico sol alumbrando á los madrileños. ¿Qué tiempo, caballeros, qué tiempo!

—Dígame Vd., ¿el sol era bueno para la cosecha?

—Sí señor, para la cosecha... del empresario de novillos.

Lamenta *El Pensamiento Español* que en Lisboa no haya jesuitas.

¿Qué falta de respeto á la memoria del buen rey Carlos III!

Se queja luego de que en Lisboa todo el mundo trabaje en día de fiesta.

Más oportuno hubiera estado quejándose de que en Madrid se trabaje poco los días de trabajo.

Y añade:

«Por supuesto, las antiguas imágenes han desaparecido de las calles, plazas y sitios públicos.»

¡Hombre! pues lo mismo ha sucedido en Madrid... ¿A qué echar en cara á Lisboa una medida adoptada generalmente en nuestra capital?

Don Abelardo Carballo y García, detenido en las prisiones de Ciudad-Real, ha sido puesto en comunicacion.

Dijo á un eco Salomé

—¿Cómo estás?—Y sin demora respondió el eco:—¡Señora... estoy á los pies de usted.

Murió *La Hacienda*, lo sé, murió de una pulmonía. ¿Y cómo vivir podría? ¡Vaya! ¡Figúrese usted!

Me faltaba algo... Yo me sentia inquieto y no podia encontrar la causa, hasta que *La Correspondencia* vino en mi ayuda.

Me faltaba... ¡Ah, me faltaba lo que ya era una necesidad en mi oído español!

Me faltaba que los periódicos hablasen algo del arquitecto Sr. Jareño.

Y con efecto, ayer dijo *La Correspondencia* que el Sr. Jareño intenta introducir una pequeña modificacion en una escalera.

¡Alabado sea Dios! Ya estoy en caja.

Representábase en el teatro de Bilbao *Los diamantes de la corona*, cuando un espectador arrojó un papel á la escena. Algunos pidieron que se leyera.

¿Y saben Vds. lo que era?

Que se llamase á la escena á dos guardias marinas que habian pertenecido á nuestra gloriosa escuadra del Pacífico, y que asistían aquella noche modestamente al teatro.

Los guardias marinas, como el público, se rieron de la ridícula petición, y la zarzuela volvió á continuar.

¡Ah!... Dicen que el autor de aquel escrito es un neo. ¡Siempre tan oportunos!

Se mantiene al mismo precio el trigo en la capital, y sin embargo, señores, ha subido un cuarto el pan. —¡Vecina, á los panaderos no se les puede aguantar!

El jueves se hizo oír en el teatro Real el distinguido violoncelista Mr. Anglois.

Es un artista de mérito; pero, francamente, no me hace buen efecto ver á un anciano tocando el violon.

En el café del Iris se ha organizado para recreo de los concurrentes un cuarteto musical.

Conviene advertir que este cuarteto no es el del Conservatorio, pero que se llama cuarteto por estar compuesto de cuatro.

Sea de cuatro ó de ocho le deseamos buena suerte.

Otra vez ha vuelto á cerrarse el teatro de Novedades. No lo extraño, porque sé de un espectador que la otra noche se quedó helado en la butaca.

PASATIEMPO.

GEROGLÍFICO.



(La solucion en el número próximo.)

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABA, 27.